

IV CENTENARIO DEL *PERSILES* (1617): FORMA Y SENTIDO DE LA NOVELA PÓSTUMA DE CERVANTES

Antonio Cruz Casado

Académico Numerario

RESUMEN

PALABRAS CLAVE

Cervantes.
Los trabajos de Persiles y Sigismunda.
Novela bizantina.
Heliodoro.
Relato cristiano y contrarreformista.

Análisis de los rasgos determinantes del género de *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, incluido en la adaptación española de la antigua novela bizantina, cuyo modelo básico es la obra de Heliodoro, género designado entre nosotros como libros de aventuras peregrinas. La intención de Cervantes al escribir su última obra es la de componer una novela cristiana, contrarreformista, que trasciende el modelo clásico.

ABSTRACT

KEYWORDS

Cervantes.
The Works of Persiles and Sigismunda.
Byzantine roman.
Heliodorus.
Christian and counterreformatist roman.

Analysis of the determinants of the genre of *The works of Persiles and Sigismunda*, included in the Spanish adaptation of the ancient Byzantine roman, whose basic model is the work of Heliodorus, genus designated among us as pilgrim adventure books. The intention of Cervantes in writing his last work is to compose a Christian roman, counterreformatist, that transcends the classic model.

Dedicado al Profesor Robert Jammes, eximio gongorista, que ayer (26 de abril de 2017) cumplió 90 años, cuyos estudios nos resultan fundamentales para la comprensión de la vida y la obra de nuestro Don Luis de Góngora.

Tú, que ganaste obrando / un nombre en todo el mundo

*Garcilaso*¹

Boletín de la Real Academia de Córdoba.
BRAC, 166 (2017)
355-368

Este, a quien guardará mármoles Paro

*Góngora*²

¹ Garcilaso de la Vega, *Obras de Garcilaso de la Vega con anotaciones de Fernando de Herrera*, Sevilla, Alonso de la Barrera, 1580, p. 385, grafía actualizada. Herrera señala luego, p. 410, que este verso conlleva una “invocación”, además de un elogio, decimos nosotros.

² Luis de Góngora, *Panegírico al Duque de Lerma* (1617), en *Obras completas, I. Poemas de autoría segura. Poemas de autenticidad probable*, ed. Antonio Carreira, Madrid, Castro, 2000, p. 479.

Con el centenario del *Persiles* se cierra este año una amplia serie de efemérides cervantinas que han ocupado a los estudiosos durante estos años iniciales del siglo XXI. Baste recordar los centenarios de la primera parte del *Quijote* (2005), de la segunda parte de la misma obra (2015), de las *Novelas ejemplares* (2013) o el más conmemorado centenario de la muerte del escritor (2016). Ahora hay que esperar al lejano 2085, con el V centenario de la publicación de la *Galatea*, la primera novela cervantina editada, para encontrar algo parecido, si no tenemos en cuenta que el centenario del nacimiento del escritor tendrá lugar en 2047, celebración igualmente remota. Esperemos que para entonces los estudios cervantinos sigan con la misma vigencia que tienen ahora. Por nuestra parte, pensamos que nuestra Real Academia debe tener siempre in mente la vida y la obra de Miguel de Cervantes, el más cordobés de los escritores no cordobeses, como hemos indicado en otro lugar, y no ahorraremos esfuerzos en esa tarea, porque profundizar en el estudio del gran escritor no es más que indagar en el conocimiento y en el aprecio del hombre universal.

Nunca está de más, creemos, el acercamiento a una obra cervantina, aunque los cervantistas, que son (somos) legión (sin las connotaciones negativas que pudiera tener este nombre en un conocido contexto sacro)³, hayan examinado con detenimiento y profundidad la vida y la obra de un escritor que no fue muy valorada por muchos de sus contemporáneos (sobre todo por la élite intelectual del momento), cuando no infravalorado o incluso menospreciado por algunos de los más relevantes autores, cuya vida fue un cúmulo de desgracias, y que actualmente se considera, con mucha razón, lo mejor y lo más significativo de nuestra literatura. Sus libros desprenden una enorme experiencia de la vida.

Claro que no toda la obra cervantina ofrece el mismo interés para los estudiosos y mucho menos para el público en general; los comienzos y los finales de su trayectoria figuran, en la actualidad, entre lo menos valorado y no llegan a un público amplio, porque además hay escasas ediciones⁴ fiables de los mismos. Nos referimos a la *Galatea*, novela pastoril en seis libros, una obra inacabada, de la que afirma el propio Cervantes, por boca del canónigo, en el escrutinio de la librería de don Quijote, que “propone algo, y no concluye nada”⁵, y la obra que nos ocupa en esta ocasión, abreviadamente designada como el *Persiles*, otra novela falta de la última

³ “Su nombre es legión” se refiere al demonio, San Mateo, 8, 28-34.

⁴ Además de la edición de Avallé-Arce, que utilizamos habitualmente desde hace muchos años, nos parece fundamental la siguiente: Miguel de Cervantes, *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, ed. Carlos Romero Muñoz, Madrid, Cátedra, 1997, con abundante anotación y completa bibliografía.

⁵ He aquí el texto completo de la autorreferencia cervantina, tras preguntar el cura: “Pero ¿qué libro es ese que está junto a él? [junto al *Cancionero*, de López Maldonado]. / –*La Galatea*, de Miguel de Cervantes –dijo el barbero. / –Muchos años ha que es grande amigo mío ese Cervantes, y sé que es más versado en desdichas que en versos. Su libro tiene algo de buena invención; propone algo, y no concluye nada: es menester esperar la segunda parte que promete; quizá con la enmienda alcanzará del todo la misericordia que ahora se le niega; y entre tanto que esto se ve, tenelde recluso en vuestra posada, señor compadre”, Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, ed. Luis Andrés Murillo, Madrid, Castalia, 1978, I, pp. 120-121.

mano amorosa del autor, concluida o considerada como tal⁶, muy pocos días antes de su muerte y dedicada entonces a don Pedro Fernández de Castro, Conde de Lemos, en un texto muy trágico, como recordábamos el año pasado⁷.

La secuencia temporal que nos interesa es la siguiente: el día 19 de abril de 1616 el novelista firma la citada dedicatoria, en tanto que muere el día 22 del mismo mes y año. La obra se publica al año siguiente; la tasa, la valoración del precio del libro (doscientos treinta y dos maravedís), lleva fecha del 23 de diciembre de 1616; la fe de erratas, que firma el licenciado Murcia de la Llana, es del 15 de diciembre del mismo año, la aprobación real de 24 de septiembre del año en cuestión y la aprobación eclesiástica, del maestro José de Valdivieso, del 9 de septiembre. Es decir que, a partir del 23 de diciembre, el libro estaba listo para entrar en la imprenta, o se había iniciado ya su impresión, quizás a falta de los folios que llevan los textos preliminares, como solía hacerse con frecuencia, aunque lo cierto es que en la portada, a ambos lados del escudo del impresor, Juan de la Cuesta, en el que se manifiesta un espíritu cristiano tan visible, con el lema *Post tenebras spero lucem*⁸, campea el año 1617, después del título, *Los trabajos de Persiles y Sigismunda, historia setentrional*, y de la dedicatoria al ya citado don Pedro Fernández de Castro, con enumeración de sus muchos títulos nobiliarios.

Se trata de un volumen modesto, describir, sin ilustración alguna, cuyos beneficios fueron a parar a la viuda del escritor, doña Catalina de Salazar y Palacios, que firma la petición para que el libro pueda ser editado legalmente, extremo que constatamos en el comienzo de la autorización real:

Por cuanto por parte de vos, doña Catalina de Salazar, viuda de Miguel de Cervantes Saavedra, nos fue fecha relación que el dicho Miguel de Cervantes había dejado compuesto un libro intitulado *Los trabajos de Persiles*, en que había puesto mucho estudio y trabajo, y nos suplicastes os mandásemos dar licencia para le poder imprimir, y privilegio por veinte años, o como la nuestra merced fuese⁹, etc.

Es ésta prácticamente la única ocasión en que aparece la mujer de Cervantes en los textos del escritor. Se trata de un personaje un tanto incoloro, desvaído, con la que Miguel había contraído matrimonio en Esquivias, Toledo, el día 12 de diciembre de

⁶ Sobre el inacabamiento de la trama narrativa, según la estructura de los modelos griegos e hispánicos, vid. Antonio Cruz Casado, "Una revisión del desenlace del *Persiles*", *Actas del segundo coloquio internacional de la Asociación de Cervantistas*, Barcelona, Anthropos, 1991, pp. 719-726.

⁷ Vid. igualmente nuestro trabajo: "Ayer me dieron la extremaunción": los últimos años de Miguel de Cervantes (1613-1616)", *Boletín de la Real Academia de Córdoba*, núm. 165, enero-diciembre, 2016, pp. 337-348

⁸ "Después de las tinieblas espero la luz", una cita bíblica del *Libro de Job*, 17, 12. Sobre este impresor, vid. Augusto Jurado, *Juan de la Cuesta impresor de El Quijote por encargo del librero Francisco de Robles y breves noticias de ambos y del autor de la obra Miguel de Cervantes*, Madrid, Sociedad Cervantina, 2007.

⁹ Miguel de Cervantes, *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, ed. Juan Bautista Avallé-Arce, Madrid, Castalia, 1969, p. 39.

1584, que sobreviviría al consorte una década (ella fallecería el día 31 de octubre de 1626) y que quizás se separó de Cervantes¹⁰, si no legalmente, al menos *de facto*.

Por otra parte, hay que señalar que, en torno a esos mismos años iniciales del matrimonio, o algo después, Miguel tendría relaciones amorosas con una mujer casada, Ana de Rojas, o Ana Franca de Rojas¹¹, esposa de Alonso Rodríguez, de la que nacería una hija, Isabel de Saavedra, la cual confesaba tener 20 años en las declaraciones del proceso Ezpeleta (30 de junio de 1605)¹², con lo que la boda oficial del personaje, la relación extramatrimonial, el nacimiento de la hija y la publicación de la primera novela, *La Galatea* (1585), se incluyen en la misma zona de fechas.

El hecho es que la esposa oficial está ausente de la obra cervantina, cuando lo normal hubiera sido que le dedicase algún o algunos poemas; pensemos, por ejemplo, en los hermosos sonetos que Lope de Vega (con el seudónimo de Tomé de Burguillos) dedica a Juana de Guardo, su segunda esposa, como aquel en que el Amor tira rosas al agua, en tanto que Juana va a beber y las flores se le quedan prendidas en los labios: “cuando Juana llegó y al puro hielo / puso los labios de la fuente fría. / Las rosas, entre perlas y cristales, / pegáronse a los labios tan hermosas”¹³, dicen algunos versos. Nada de esto hay en Cervantes, ni siquiera el nombre

¹⁰ Sobre el tema, cfr. Daniel Eisenberg, “El convenio de separación de Cervantes y su mujer Catalina”, *Anales Cervantinos*, XXXV, 1999, pp. 143-149.

¹¹ Cfr. Luis Astrana Marín, *Vida ejemplar y heroica de Miguel de Cervantes Saavedra, con mil documentos hasta ahora inéditos y numerosas ilustraciones y grabados de época*, Madrid, Instituto Editorial Reus, 1951, tomo III, pp. 338-339, entre otras. Aportaciones documentales recientes e importantes, con respecto a este tema, en Emilio Maganto Pavón, *La familia Villafraña y Miguel de Cervantes. Nuevos documentos cervantinos localizados en el Archivo General de Indias*, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá, 2013, especialmente p. 171 y ss.

¹² En la “Confesión de doña Isabel de Saavedra” se indica: “En el dicho día y mes y año [treinta días del mes de Junio de mil y seiscientos y cinco años, p. 95], el dicho señor Alcalde [Cristóbal de Villarreal] mandó parecer ante sí a doña Isabel de Saavedra, y de ella recibió juramento en forma de derecho, y se le preguntó lo siguiente: / Preguntada qué edad y estado tiene, dijo que se llamaba doña Isabel de Saavedra, hija de Miguel de Cervantes, y es doncella y de edad de veinte años. / Preguntada dónde posa y en qué casa, dijo que posa en casa de Miguel de Cervantes, su padre, en compañía de doña Andrea y doña Magdalena, sus tías, y doña Constanza, su prima”, *El proceso Ezpeleta*, ed. Carlos Martín Aires, Segovia, Fundación Instituto Castellano y Leonés de la Lengua, 2005, p. 101

¹³ Lope de Vega, *Rimas de Tomé de Burguillos*, ed. José Manuel Blecua, Barcelona, Planeta, 1976, p. 55. Incluimos ahora el texto completo:

“Da la razón el poeta de que la boca de Juana fuese rosa

Tiraba rosas el Amor un día
desde una peña a un líquido arroyuelo,
que de un espino trasladó a su velo,
en la sazón que abril las producía.

Las rosas mansamente conducía
de risco en risco el agua al verde suelo,
cuando Juana llegó y, al puro hielo,
puso los labios, de la fuente fría.

de Catalina tiene especial relevancia entre los muy numerosos e interesantes personajes femeninos de su obra, salvo en *La gran sultana doña Catalina de Oviedo*, comedia impresa en 1615, referida a una persona real e histórica (y, de menos interés aún, en un personaje secundario de *La española inglesa*; Catalina, la madre de Recaredo), cosa que suele considerarse, cuando se da esta presencia nominal en un texto literario, una especie de homenaje tácito a la amada, tan frecuente en los poetas; es lo que sucede, por citar un caso muy conocido, en la égloga primera de Garcilaso, en aquella “divina Elisa”, que no es otra cosa que la referencia en anagrama a la hermosa dama portuguesa Isabel Freyre.

Pero, haciendo honor al título de nuestra aproximación, vamos a centrarnos en la forma y el sentido¹⁴ que ofrecen la novela cervantina, algo que, de manera esquemática, podíamos sintetizar diciendo que el relato está construido sobre un molde antiguo y prestigioso, la novela de Heliodoro, *Teágenes y Cariclea*, también denominada *Las Etiópicas*, que se sitúa cronológicamente hacia el siglo IV d. C., remozada en Occidente con traducciones y difundida sobre todo entre los huma-

Las rosas, entre perlas y cristales,
pegáronse a los labios, tan hermosas,
que afrentaban claveles y corales.
¡Oh pinturas del cielo milagrosas!
¿Quién vio jamás transformaciones tales:
beber cristales y volverse rosas?”

Hay ocasiones en que Lope utiliza el diminutivo refiriéndose a su amada, con lo que se aprecia muy bien la proyección afectiva del escritor sobre personaje y tema en cuestión, en versos cargados de ironía:

“Burla vengada

Mintió Juanilla entonces, como agora;
ella me abrió; lo que me dijo callo;
metióme en un corral, donde no hallo
ni aún la esperanza con que entré a deshora.
Vuelva de Amor la mano vengadora
por este licenciado, su vasallo,
pues entre cien gallinas, sin ser gallo
muerta de risa me miró el Aurora.
Mas yo, que de la burla conocía,
pesquéle dos detrás de unas tinajas;
vino y abríome al comenzar el día.
Mas no sé si en la burla me aventajas:
que de mal pagador, Juanilla mía,
mejor es en gallinas, que no en pajas”

Ibid., p. 69. Restablecemos la mayúscula en Aurora, personaje mitológico, como el Amor, a la vista de un impreso áureo de esta colección poética: [Lope de Vega], *Rimas humanas y divinas del licenciado Tomé de Burguillos*, Madrid, Imprenta del Reino, 1634, f. 54 v.

¹⁴ Aun cuando no hemos seguido su argumentación, parece conveniente recordar aquí, porque se adapta al título de nuestra aproximación, el libro de Joaquín Casaldueiro, *Sentido y forma de “Los trabajos de Persiles y Sigismunda”*, Madrid, Gredos, 1975, que utilizamos en su momento.

nistas y escritores cultos del siglo XVI, por la que manifiestan una clara predilección sobre todo los erasmistas españoles, en tanto que el sentido del *Persiles* trasciende los libros de mero entretenimiento, como los de caballerías o el propio *Quijote*, que lo era incluso en el aprecio del propio Cervantes, cuando afirma: “yo he dado en Don Quijote pasatiempo / al pecho melancólico y mohíno, / en cualquiera sazón, en todo tiempo” (*Viaje del Parnaso*, IV, 22-24), entretenimiento y pasatiempo son términos de significación bastante cercana. Pero el último libro cervantino no es así, sino que se transforma, bajo las tumultuosas aventuras o trabajos, en una especie de alegoría de la vida del hombre, una novela del ser humano y su trayectoria hacia el mundo espiritual, simbolizado en Roma, desde los hielos polares y salvajes de la isla de Tule, narración sembrada de numerosos elementos simbólicos y una visión cristiana, contrarreformista, de la existencia. Veamos estas ideas con algún detalle.

SE ATREVE A COMPETIR CON HELIODORO

En la competición con el citado Heliodoro, la obra de Cervantes no sale, como temía su autor, “con las manos en la cabeza”¹⁵, aunque la emulación no sea todo lo artística y pulida que pudiera esperarse de un autor de su categoría¹⁶. Para comprender esta desigualdad hay que tener en cuenta que la obra cervantina carece de los últimos retoques, así como que, al parecer, fue redactada en dos períodos de tiempo distantes entre sí varios años¹⁷. El autor, “puesto ya el pie en el estribo, con las ansias de la muerte”¹⁸, escribe apresuradamente su último libro, aparentemente

¹⁵ En el “Prólogo al lector” de sus *Novelas ejemplares*, Cervantes había escrito: “Tras ellas, si la vida no me deja, te ofrezco los *Trabajos de Persiles*, libro que se atreve a competir con Heliodoro, si ya por atrevido no sale con las manos en la cabeza”, Miguel de Cervantes, *Novelas ejemplares*, ed. Juan Bautista Avalle-Arce, Madrid, Castalia, 1982, I, p. 65.

¹⁶ Muchas de las ideas y fragmentos que siguen proceden de nuestra tesis doctoral: *Los amantes peregrinos Angelia y Lucenrique, un libro de aventuras peregrinas inédito*, Madrid, Universidad Complutense, 1989, tomo I, pp. 401-413 especialmente, donde estudiamos las aportaciones de Cervantes a la narrativa bizantina.

¹⁷ Sobre los problemas cronológicos de redacción, vid el prólogo de Juan Bautista Avalle-Arce a *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, op. cit., p. 12 y ss.

¹⁸ Se trata del principio de las conocidas coplas que Cervantes adapta en su dedicatoria a don Pedro Fernández de Castro, Conde de Lemos, *ibid.*, p. 45. Fueron estas coplas muy populares y están glosadas, entre otros lugares, en la recopilación del amigo de Cervantes, Pedro de Padilla, *Thesoro de varias poesías*, Madrid, Francisco Sánchez, 1580, ff. 482-483, aunque el sentido no puede ser más distinto en ambos autores: fúnebre en Cervantes, burlesco en Padilla. He aquí el comienzo del último de los autores citados: “Ajena. / Puesto ya el pie en el estribo, / con las ansias de la muerte, / señora, aquesta te escribo; / pues partir no puedo vivo, / cuanto más volver a verte. / Glosa propia. / Pobre, burlado y corrido, / de haber sido majadero, / en no te haber conocido, / te dejo con mi dinero / y me parto con tu olvido; / porque dejes de pedirme / del bien de verte me privo, / y no hay estorbarse el irme, / que tengo para partirme / puesto ya el pie en el estribo”, grafía y puntuación actualizada; siguen cuatro estrofas más que van glosando los versos restantes. Esta composición, con varias más, cambia de lugar en la segunda edición de esta colección poética: Pedro de Padilla, *Thesoro de varias poesías*, Madrid, Querino Gerardo, 1587, ff. 165 r.-166 r. Algunos poemas desaparecen de esta edición. Cervantes recomendaría a su amigo Padilla que el libro

de entretenimiento, actualizando los ideales artísticos de su juventud erasmista e infundiendo un espíritu católico y contrarreformista a su narración.

Las deudas de Cervantes con Heliodoro ya fueron señaladas por la crítica competente hace mucho tiempo¹⁹; en líneas generales, la compleja estructura del griego se ve suavizada en el escritor español, aunque este último introduce más historias secundarias y, en consecuencia, más personajes que dilatan y ramifican una acción itinerante que se inicia en las misteriosas tierras septentrionales y termina en Roma, centro luminoso de la cristiandad.

En cuanto a la teoría literaria que sirve de base a la obra, se considera que su expresión más adecuada es la que aparece en la primera parte del *Quijote*, en la opinión del canónigo toledano, refiriéndose a los libros de caballerías:

de tales libros, hallaba en ellos una cosa buena: que era el sujeto que ofrecían para que un buen entendimiento pudiese mostrarse en ellos, porque daban largo y espacioso campo por donde sin empacho alguno pudiese correr la pluma, describiendo naufragios, tormentas, rencuentros y batallas, pintando un capitán valeroso con todas las partes que para ser tal se requieren, mostrándose prudente previniendo las astucias de sus enemigos, y elocuente orador persuadiendo o disuadiendo a sus soldados, maduro en el consejo, presto en lo determinado, tan valiente en el esperar como en el acometer; pintando ora un lamentable y trágico suceso, ahora un alegre y no pensado acontecimiento; allí una hermosísima dama, honesta, discreta y recatada; aquí un caballero cristiano, valiente y comedido; acullá un desaforado bárbaro fanfarrón; acá un príncipe cortés, valeroso y bien mirado; representando bondad y lealtad de vasallos, grandezas y mercedes de señores. Ya puede mostrarse astrólogo, ya cosmógrafo excelente, ya músico, ya inteligente en las materias

fuera menos voluminoso, consejo u opinión que se constata en la primera parte del *Quijote*, en el escrutinio de la librería de don Quijote, capítulo 6: “–Este grande que aquí viene se intitula –dijo el barbero– *Tesoro de varias poesías*. / –Como ellas no fueran tantas –dijo el cura– fueran más estimadas; menester es que este libro se escarde y limpie de algunas bajezas que entre sus grandezas tiene. Guárdese, porque su autor es amigo mío y por respeto de otras más heroicas y levantadas obras que ha escrito”, Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, ed. Luis Andrés Murillo, op. cit., I, p.120. Acerca de este autor andaluz es importante el libro de Aurelio Valladares Reguero, *El poeta linarense Pedro de Padilla. Estudio bio-bibliográfico y crítico*, Úbeda, UNED. Centro Asociado “Andrés de Vandelvira” / Excmo. Ayuntamiento de Linares, 1995. Sobre la última etapa de la vida de Cervantes y su fallecimiento, cfr. Antonio Cruz Casado, “Ayer me dieron la extremaunción”: los últimos años de Miguel de Cervantes (1613–1616)”, *Boletín de la Real Academia de Córdoba*, núm. 165, enero-diciembre, 2016, pp. 337–348.

¹⁹ Especialmente Rudolf Schevill, “Studies in Cervantes. I. *Persiles y Sigismunda*. Introduction”, *Modern Philology*, IV, I, 1906, pp. 1–24; “Studies in Cervantes. II. *Persiles y Sigismunda*. The question of Heliodorus”, *Modern Philology*, IV, 4, 1907, pp. 677–704; “Studies in Cervantes. III. *Persiles y Sigismunda*. Virgile’s Aeneid”, *Connecticut Academy of Arts and Sciences*, May, 1908, vol. XIII, pp. 475–548. Sigue siendo útil la conocida edición de Miguel de Cervantes, *Persiles y Sigismunda*, ed. Rodolfo Schevill y Adolfo Bonilla, Madrid, Bernardo Rodríguez, 1914, 2 vols, en la que se incorporan, como es previsible, muchas de las ideas de Schevill en los artículos citados, especialmente las abundantes notas al final del volumen segundo.

de estado, y tal vez le vendrá ocasión de mostrarse nigromante, si quisiere²⁰.

En estas palabras se advierten ecos de la teoría de los tratadistas italianos, como Tasso²¹, y asimismo del Pinciano²² en el terreno de la aportación española.

Además algunas ideas del fragmento pueden referirse de manera casi inequívoca a los primeros capítulos del *Persiles* que Cervantes, por esta época, tendría ya escritos o, al menos, esbozados. Con todo, Cervantes no se propuso escribir con su *Persiles* este libro de caballerías, como en alguna ocasión pensó la crítica y como se aduce aún en algunas ocasiones, a pesar de que algún rasgo aislado sea específico de la narrativa caballeresca; tal es la consideración de *Los trabajos de Persiles y Sigismunda* como traducción de una historia escrita originalmente en otro idioma²³, recurso que proporcionó perspectivas tan enriquecedoras al *Quijote*, y que aquí apenas se explotan.

La última obra cervantina aparece dividida en cuatro libros, lo que no parece relevante desde el punto de vista de la repartición de la materia, puesto que no apunta a ningún modelo anterior del género; Heliodoro divide su narración en diez libros, Aquiles Tacio en ocho, Lope de Vega en cinco, etc.

El comienzo *in medias res* introduce al lector en un confuso ambiente marino con luchas y prisioneros, parecido al que Heliodoro ofrece al principio de las *Etiópicas*, en el que aparecen personajes secundarios o sin nombre aún, y tiene lugar un naufragio inmediato del que consigue escapar un hermoso mancebo, presa de los bárbaros, el cual llega flotando en unos maderos a una isla, donde es recogido por unos marineros. Lope Vega, en su *Peregrino*, y Góngora²⁴, en el principio de las

²⁰ Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, ed. Luis Andrés Murillo, op. cit., I, p. 566. Sobre esta cuestión vid ahora Clark Colahan, "El Persiles" y los libros de caballerías", en *Tus obras los rincones de la tierra descubren (Actas del VI Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas), (Alcalá de Henares, 13 al 16 de diciembre de 2006)*, ed. Alexia Do-tras Bravo, José Manuel Lucía Megías, Elisabet Magro García y José Montero Reguera, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2008, pp.261-268.

²¹ Cfr. Edward C. Riley, *Teoría de la novela en Cervantes*, trad. Carlos Sahagún, Madrid, Taurus, 1972, especialmente p. 188 y ss., aunque todo el libro es fundamental para esta cuestión. También Alban K. Forcione, *Cervantes, Aristotle and the Persiles*, Princeton, Princeton University Press, 1970, en el capítulo V: "The Critical Examination of Literary Theory in the *Persiles*", pp. 169-186.

²² Vid. Jean François Canavaggio, "Alonso López Pinciano y la estética literaria de Cervantes en el *Quijote*", *Anales cervantinos*, VII, 1958, pp. 13-107.

²³ *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, ed. Juan Bautista Avalle-Arce, Madrid, Castalia, 1969, p. 159. Las restantes referencias a páginas de esta edición se incluyen en el cuerpo del texto.

²⁴ Quizás exista un eco gongorino incluido en la carta de Clodio a Auristela, en la que se dice: "y finalmente el agua te ha sorbido y vomitado", *ibid.*, p. 190, que recuerda los versos 23-24 de la *Soledad primera*: "Del océano, pues, antes sorbido, / y luego vomitado", Luis de Góngora, *Obras completas, I. Poemas de autoría segura. Poemas de autenticidad probable*, ed. Antonio Carreira, op. cit., p. 366, que si no es cita parece resultado de una lectura atenta del poema gongorino por parte de Cervantes; como se sabe, las *Soledades* se difunden manuscritas en la corte hacia 1613 y es posible que no escapasen a la atención cervantina, tan aficionado a leer incluso los papeles que encontraba por la calle, como él propio escritor confiesa. La misma indefinición se advierte luego,

Soledades, registran también una situación similar, frecuente, por otra parte, en la narración de aventuras.

La aclaración completa de este comienzo no tendrá lugar hasta principios del libro III, mediante las historias consecutivas y constantemente interrumpidas de Periandro y luego de Auristela, que son los nombres que adoptan los protagonistas principales de la acción. Los nombres auténticos sólo se mencionan una vez, de pasada, en el libro segundo, en un monólogo del protagonista que, por lo tanto, no trasciende al resto de los personajes sino únicamente al lector: “¿Qué reinos, ni qué riquezas me pueden a mí obligar a que deje a mi hermana Sigismunda, si no es dejando de ser yo Persiles?” (p. 185). Otra vez se mencionan al principio del libro cuarto, y en el final del mismo se aclara la situación amorosa completamente: Sigismunda, princesa de Frislanda, estaba prometida con Magsimino, hermano de Persiles, pero la joven prefiere a Persiles y huyen ambos desde la lejana Tile, o Tulle, hasta Roma, donde llega también el prometido desdeñado, el cual con su muerte soluciona el conflicto amoroso de la pareja.

De la misma manera que se ocultan los nombres, se hace lo propio con las relaciones: Periandro y Auristela se hacen pasar por hermanos a todo lo largo de la obra, hecho que provoca continuos conflictos puesto que, de esta manera, se presiona a uno de ellos para que actúe como mediador influyente, como amante celestino, en las diversas pasiones que provocan en variados personajes. Así se da lugar a unos amores cruzados, típicos de Aquiles Tacio, en el episodio del viejo rey Policarpo que se enamora de Auristela, en tanto que la hija de este rey, Sinforosa, se enamora de Periandro, y cada uno insiste para que el otro enamorado respalde y abogue por esas imposibles uniones; los resultados son siempre dolorosos para los nuevos pretendientes: Sinforosa, “como si fuera otra engañada y nueva Dido, que de otro fugitivo Eneas se quejaba, enviando suspiros al cielo, lágrimas a la tierra y voces al aire” (p. 251), recuerda también a la Mélite, de Tacio, y a la desconsolada Isea, de Núñez de Reinoso.

También se oculta el sexo real en diversas ocasiones, tanto por parte de los protagonistas como por otros personajes, aunque la más llamativa es la situación del principio, que necesita la aclaración demorada de Periandro y Auristela, y en la que encontramos a Periandro vestido de mujer y a Auristela vestida de hombre, detalle frecuente en el teatro de la época, especialmente en las mujeres²⁵ y algo menos en

algo más adelante, cuando, al dar Clodio la carta a Auristela, “le dijo que eran unos versos devotos, dignos de ser leídos y estimados”, *ibid.*, p. 199, que pudiera referirse, no sabemos con qué intención, a la poesía de Góngora. Sobre la posible relación de las *Soledades* con la narrativa bizantina, cfr. Antonio Cruz Casado, “Hacia un nuevo enfoque de las *Soledades* de Góngora: Los modelos narrativos”, *Revista de Literatura*, tomo LII, n° 103, 1990, pp. 67-100, que es revisión de otro trabajo anterior: “Góngora a la luz de sus comentaristas. (La estructura narrativa de las *Soledades*)”, *Dicenda*, Revista de la Universidad Complutense de Madrid, 5, 1986, pp. 49-70.

²⁵ Cfr., al respecto, Carmen Bravo Villasante, *La mujer vestida de hombre en el teatro español*, Madrid, SGEL, 1976; Melveena McKendrick, *Woman and Society in the Spanish drama of the Golden Age. A study of the “mujer varonil”*, Cambridge, University Press, 1974.

los hombres²⁶, y que en la narrativa griega y en estos libros españoles de aventuras se emplea con frecuencia, siguiendo la pauta de Aquiles Tacio.

A lo largo de dos años que dura el viaje hacia Roma se suceden las aventuras por una geografía realista casi siempre, excepto al comienzo; de esta manera, pasan por Portugal, España, Languedoc, Provenza, norte de Italia y Roma, como meta de su peregrinación. Sin embargo, creemos que la capital italiana no es el destino definitivo de los protagonistas, desde el punto de vista de la dinámica interna del relato.

Persiles y Sigismunda no permanecen en Roma felizmente casados, como se ha dicho en alguna ocasión, sino que regresan, y en la narración esto se entiende de forma implícita, a sus reinos de Tile y de Frislanda, tras acompañar a Constanza, a quien entregan la famosa cruz de diamantes que siempre ha sido el tesoro de los viajeros, y dejarla casada con el conde, su cuñado. Y es allí, en sus reinos del norte, donde los protagonistas viven felices larga vida y feliz posteridad, alcanzando a ver nietos y bisnietos. Sólo que la rápida descripción de los hechos finales, la trágica carrera contra la muerte por parte de Cervantes, deja algunos párrafos e ideas faltos de una última definición, de la última mano del autor; no en vano, Cervantes escribe “puesto ya el pie en el estribo, con las ansias de la muerte”, como se ha indicado en muchas ocasiones. Con este retorno al país de origen el periplo se hace circular, como suele ser característico de las novelas griegas y de los libros de aventuras peregrinas.

El largo viaje de los héroes se ve accidentado por múltiples sucesos y la intervención de una variada gama de personajes que cuentan sus historias respectivas, muchas de las cuales incluyen, a su vez, otra historia, a la manera de las cajas chinas; algunos de ellos acompañan a los protagonistas durante un trecho del viaje o llegan hasta Roma, donde tienen lugar numerosas bodas coincidentes con la de Persiles y Sigismunda.

A ello se unen también numerosos poemas y variadas digresiones, como la del pájaro barnaclas o la licantropía, puesto que el tema fantástico es frecuente en la narración, aunque Cervantes no parece muy partidario de incluir estos fragmentos ajenos a la narración central, según puede desprenderse de unas palabras insertas en la obra, con las que Mauricio critica a Periandro la demora en algunas descripciones: “porque no había para qué detenerse en decirnos tan por estenso las fiestas de los barcos, ni aun los casamientos de los pescadores²⁷, porque los episodios que para

²⁶ Cfr. Manuel Abad, “El disfraz en El monstruo de los jardines”, en *Hacia Calderón*. Séptimo Coloquio Anglogermánico, Stuttgart, Franz Steiner Verlag, 1985, pp. 158-168; Antonio Cruz Casado, “El varón cortejado: una situación atípica en el teatro áureo”, en *Ronda, cortejo y galanteo en el teatro español del Siglo de Oro. Actas del I Curso sobre teoría y práctica del teatro, organizado por el Aula Biblioteca Mira de Amescua y el Centro de Formación Continua, celebrado en Granada (7-9 noviembre, 2002)*, ed. Roberto Castilla Pérez, Granada, Universidad, 2003, pp. 207-218, etc.

²⁷ Quizás está aludiendo aquí Cervantes a varios episodios de la *Soledad primera*, de Góngora, como la boda de los serranos, a la que asiste el protagonista, o, ya en la *Segunda Soledad*, el canto amebeco

ornato de las historias se ponen, no han de ser tan grandes como la misma historia” (p. 234).

El resultado de todo ello es una obra variada, heterogénea a veces, en la que la historia principal se ramifica y descompone en núcleos narrativos aislados, las historias secundarias, que hacen del texto una especie de constelación entretenida, en la que el lector puede perderse en ocasiones. A partir de *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, los escritores españoles no necesitan recurrir ya al viejo Heliodoro, la nacionalización del género, su definitiva adaptación, se ha realizado²⁸.

NARRACIÓN Y CONTRARREFORMA

El sentido simbólico religioso de esta “novela cristiana”²⁹, como ha sido definido el *Persiles*, aparece con notable claridad desde la perspectiva del ambiente contrarreformista. Resulta obligado señalar que ni siquiera los libros de mero entretenimiento permanecen ajenos a la tendencia moralizante y alegórica que llena los diversos aspectos artísticos de la época. Y el más representativo de los libros de aventuras ofrece diversos registros de lectura, que van desde el claro significado del peregrino andante, como símbolo de la *peregrinatio vitae*³⁰, hasta ese proceso de depuración y acercamiento a Dios que lleva consigo el empleo de la idea de la gran cadena del ser³¹, que conecta las formas de vida bárbaras, casi animales, de los habitantes de la lejana Tile, con el refinado ambiente espiritual de Roma y el Papa.

Ya en la aprobación de Valdivieso, este religioso dice que no halla en el libro “cosa contra nuestra santa fe católica y buenas costumbres; antes muchas de honesta y apacible recreación” (p. 42), lo que, aun siendo un lugar común en estos escritos preliminares, se adapta de manera efectiva al contenido y al sentido del relato cervantino. De “insigne y cristiano ingenio” y de “ingenio cristiano” (pp. 43-44) lo califican Francisco de Urbina y Luis Francisco Calderón, oscuros poetas religiosos, en sendas composiciones poéticas del principio del libro, los únicos elogios que nuestro mejor escritor pudo incluir en su último libro; Urbina, en el poema que él titula “Epitafio”, recurre al tópico de la peregrinación de la vida humana concretado, en esta ocasión, en el escritor: “el peregrino / Cervantes aquí se encierra [...] / En fin, hizo su camino”, etc., en tanto que Calderón alaba en sus libros rasgos artís-

de los pescadores, preludeo de otro enlace nupcial, que ocupa gran parte del texto, mientras que la figura y los sucesos del joven peregrino han quedado un tanto desplazados de la trama del poema.

²⁸ Vid. al respecto Antonio Cruz Casado, “Secuelas del *Persiles*”, en *Actas del XII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Birmingham 1995, Tomo II, *Estudios Aureos*, I, ed. Jules Whicker, Birmingham, University of Birmingham, 1998, pp. 145-156.

²⁹ Alban K. Forcione, *Cervantes, Aristotle and the Persiles*, Princeton, Princeton University Press, 1970.

³⁰ Antonio Vilanova, “El peregrino andantes en el *Persiles* de Cervantes”, *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*, XXII, 1949, pp. 97-159.

³¹ Pról. de Juan Bautista Avalle-Arce a Cervantes, *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, op. cit. El libro clásico sobre esta cuestión es el de Arthur O. Lovejoy, *La gran cadena del ser. Historia de una idea*, Barcelona, Icaria Editorial, 1983, en su traducción española.

ticos y morales: “con dulce suspensión, su estilo grave, / religiosa invención, moral decoro”.

También en el cuerpo del libro se encuentran abundantes pasajes que inciden en el significado religioso, católico, de la obra; en este sentido hay que recordar la frecuente visita de los peregrinos a los santuarios marianos que encuentran en su camino, aunque, curiosamente, Cervantes parece como si eludiera de propio intento algunos de los centros religiosos que Lope había resaltado en *El peregrino en su patria*. Así, cuando atraviesan Cataluña, vislumbran las montañas de Monserrat, “que adoraron con devoción cristiana, sin querer subir a ella, por no detenerse” (p. 361), y tampoco cobra especial importancia el Pilar de Zaragoza, aunque ambos autores sí coinciden en resaltar el monasterio de Guadalupe.

Además de la visita a los santuarios, Cervantes incluye un sentido elogio de la peregrinación, “bien sé que es justa, santa, loable, y que siempre la ha habido, y la ha de haber en el mundo” (p. 315) —escribe—, y varios fragmentos en los que se resumen las enseñanzas dogmáticas de la Iglesia Católica. De esta manera, Cloelia dice que muere “cristiana en la fe de Jesucristo, y en la que tiene, que es la misma, la santa iglesia católica romana” (p. 78); la bárbara Ricla introduce una paráfrasis parcial del Credo en su relato, para demostrar su conocimiento y convencimiento de la fe católica. He aquí un fragmento del curioso texto:

Hame enseñado su lengua, y yo a él la mía [se refiere a Antonio, el bárbaro español, que es al mismo tiempo su marido], y en ella ansimismo me enseñó la ley católica cristiana. Diome agua de bautismo en aquel arroyo, aunque no con las ceremonias que él me ha dicho que en su tierra se acostumbran. Declaróme su fe como él la sabe, la cual yo asenté en mi alma y en mi corazón, donde le he dado el crédito que he podido darle. Creo en la Santísima Trinidad, Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo, tres personas distintas, y que todas son un solo Dios verdadero, y que aunque es Dios el Padre, y Dios el Hijo, y Dios el Espíritu Santo, no son tres dioses distintos y apartados, sino un solo Dios verdadero. Finalmente, creo todo lo que tiene y cree la santa Iglesia católica romana, regida por el Espíritu Santo y gobernada por el Sumo Pontífice, vicario y visorrey de Dios en la tierra, sucesor legítimo de San Pedro, su primer pastor después de Jesucristo, primero y universal pastor de su esposa la Iglesia. Díjome grandezas de la siempre Virgen María, reina de los cielos, y señora de los ángeles y nuestra, tesoro del Padre, relicario del Hijo y amor del Espíritu Santo, amparo y refugio de los pecadores (p. 82).

Y, por último, Auristela, una vez en Roma, es adoctrinada en las verdades católicas (pp. 435-436), porque considera que en su patria no se practican rectamente las doctrinas eclesiásticas. De esta forma, como señala Avalor-Arce, la novela aparece enmarcada en un férreo marco de ortodoxia católica.

En este aspectos, todos los personajes positivos de la narración se comportan según las pautas contrarreformistas; Auristela, en un momento de peligro, cansada

de tanta desgracia, no piensa en dejarse morir porque las normas cristianas se lo impiden; igualmente se rechaza el suicidio y los duelos. En tanto que los que se dejan llevar de sus pasiones reciben duros castigos que culminan con la muerte, momento en el que suele haber un resquicio para el arrepentimiento.

El hermoso poema a la Virgen que canta Feliciano de la Voz, o el deseo final de Auristela de entrar en religión que, de haberse cumplido, enlazaría esta obra con la primera versión de la *Selva de aventuras*, son otros tantos elementos del estricto sentido religioso y de la marcada intención moralizante de la obra. Sin duda, la competición con Heliodoro se inclina en este aspecto a favor de Cervantes; su libro no es sólo de pasatiempo y deleite, la doctrina católica hábilmente repartida en la narración, adoptando el método del *utiledulcis* horaciano, proporciona un arsenal de situaciones y fragmentos catequísticos que el lector asimila junto con las aventuras, trabajos y peregrinaciones de los personajes. Cervantes, al igual que Lope, se convierte así en un celoso defensor de los valores religiosos tradicionales, olvidados, al parecer, los innovadores ideales erasmistas que conoció en su juventud y que dejaron algunas sutiles huellas en su obra³².

Recordemos, para finalizar y como comprobante de esta ortodoxia católica, muy marcada por el fervor mariano, unos versos del citado poema que la joven Feliciano dedica a la Virgen, con referencias implícitas a la Inmaculada Concepción. Estamos ante una alegoría y un elogio continuado, escrito en octavas reales. He aquí las cuatro primeras estrofas:

Antes que de la mente eterna fuera
saliesen [los]espíritus alados,
y antes que la veloz o tarda esfera
tuviese movimientos señalados,
y antes que aquella escuridad primera
los cabellos del sol viese dorados,
fabricó para sí Dios una casa
de santísima, y limpia, y pura masa.

Los altos y fortísimos cimientos,
sobre humildad profunda se fundaron;
y mientras más a la humildad atentos,
más la fábrica regia levantaron.

Pasó la tierra, pasó el mar; los vientos
atrás, como más bajos, se quedaron;
el fuego pasa y, con igual fortuna,
debajo de sus pies tiene la luna.

³² Para todo esto es fundamental el volumen de Antonio Vilanova, *Erasmus y Cervantes*, Barcelona, Lumen, 1989, especialmente los cuatro primeros estudios.

De fe son los pilares, de esperanza,
los muros desta fábrica bendita
ciñe la caridad, por quien se alcanza
duración, como Dios, siempre infinita;
su recreo se aumenta en su templanza;
su prudencia los grados facilita
del bien que ha de gozar, por la grandeza
de su mucha justicia y fortaleza.

Adornan este alcázar soberano
profundos pozos, perenales fuentes,
huertos cerrados, cuyo fruto sano
es bendición y gloria de las gentes;
están a la siniestra y diestra mano
cipreses altos, palmas eminentes,
altos cedros, clarísimos espejos
que dan lumbre de gracia cerca y lejos (pp. 309-310).